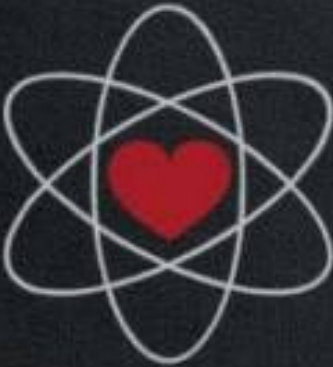


SONIA FERNÁNDEZ-VIDAL

# QUANTIC LOVE



*La novela que te hace descubrir  
que la ciencia es sexy*

En el CERN, el centro de investigación más avanzado del mundo, entre experimentos de viajes en el tiempo y de teleportaciones, entre partículas que superan la velocidad de la luz y otras que revelan el origen del universo, la joven Laila se enfrenta al mayor misterio que existe: cómo decidir entre dos amores. Por un lado, Alessio, un atractivo periodista; y, por otro, Brian, un cerebral científico que oculta un gran secreto.

## Índice de contenido

Cubierta

Quantic Love

1. Las puertas de Sambhala
2. Angelina
3. El lugar más aburrido del universo
4. Noticias de la base lunar
5. Sin ti estaría perdido
6. Monday Gloom
7. Cuando el azul se gasta
8. ¡Tres quarks por Muster Mark!
9. Colapso de citas
10. El doble de números que de números
11. El nudo gordiano
12. El último teorema de Fermat
13. Espuma amarga
14. Si el universo fuese un vestido, ¿cuál te pondrías esta noche?
15. Cometa errante

16. Les horribles cernettes
  17. El juego
  18. Maldito amor verdadero
  19. La partícula maldita
  20. Nadie dijo que fuese sencillo
  21. El origen de un universo
  22. Los visitantes
  23. Nadie conoce a nadie
  24. No entiendes nada
  25. Una de cada ocho
  26. Sexo, dudas & botellón
  27. Revelaciones
  28.  $2 + 1 = 3$
  29. Garage Band
  30. La hora de la verdad y el dolor
  31. La confesión
  32. Las puertas de Shambhala II
- Epílogo. La velocidad del amor
- Las preguntas por resolver en el CERN  
CERN  
Eratóstenes y el tamaño de la Tierra

LHC

Altas

Las cuatro fuerzas de la naturaleza

Antimateria - Alpha

El gato de Schrödinger

Quarks

El experimento de la doble ranura

El bosón de Higgs

Neutrinos

Agradecimientos

Acerca de la autora

Notas

*Dedicado a Marta C.F.,  
porque solo alguien como ella, con un enorme  
corazón,  
podía dejar como fruto una persona tan  
maravillosa entre nosotros.  
Gracias. Con amor cuántico.*

*Gravitation is not responsible for people falling  
in love.*

ALBERT EINSTEIN

Sin ciencia, el amor es impotente; sin amor, la  
ciencia es destructiva.

BERTRAND RUSSELL

## 1

## Las puertas de Sambhala

A veces el futuro nos susurra algo al oído por un breve instante. Algunos lo llaman premoniciones, otros, intuición. Yo solo sé que al entrar en aquel avión supe que todo iba a cambiar. La Laila que dejaba Sevilla con destino a Suiza no volvería jamás.

Mi permiso de trabajo como camarera del CERN era temporal, pero de repente entendí que habría un antes y un después de aquel verano.

Nerviosa, me abrí paso entre la gente que colocaba a presión su equipaje de mano. Asiento 17A, ventanilla. ¡Iba a ser una gozada ver los Alpes desde el cielo!

Una vez en mi asiento, coloqué el bolso entre mis pies y saqué la Moleskine que me había regalado mi padre para el viaje. Me emocioné al mirar la primera página de la libreta de tapas negras sujetadas por una goma. Allí me esperaba una cita de Peter Matthiessen que resumía a la perfección la corazonada que acababa de tener:

*Un hombre sale de viaje y es otro el que regresa.*

Si algo debía reconocer a mi padre era que siempre acertaba con los regalos. Las palabras del autor de *El leopardo de las nieves* —su novela de viajes favorita— resonaban ahora con más fuerza en mi interior, ya que estaba emprendiendo mi odisea particular. Mientras la azafata daba unas indicaciones de seguridad a las que nadie atendía, en



mi interior volví a escuchar la voz suave y serena de mi padre:

—Mantén los ojos bien abiertos, Laila. Vas a vivir una experiencia única en el centro de investigación más importante de Europa. Pon tus manos a trabajar en esa cafetería, pero con tu mirada lejos, en el horizonte.

—Papá, que solo me voy tres meses... —había protestado.

Luego le había dado un cálido abrazo. Sabía exactamente qué venía a continuación. Me repetía aquella fábula oriental desde que yo había cumplido los catorce. Y de eso hacía ya cuatro años...

—¿Recuerdas la historia del cazador que encontró Shambhala mientras perseguía un ciervo? Al ver que se habían abierto las puertas del paraíso tibetano, el guardián le invitó a pasar, pero el cazador quiso volver a buscar a su familia. Cuando regresó, la montaña se había cerrado, pues las puertas de Shambhala se abren una sola vez en la vida para cada uno. Cada oportunidad es única, Laila, y si no la aprovechas, te sucederá como al cazador, que tuvo que seguir persiguiendo ciervos el resto de su existencia.

Mi padre era un soñador incorregible. Tal vez por eso se había casado con la persona más práctica y realista del planeta: mi madre. Sus palabras fueron como un chorro de agua helada:

—Estate por el trabajo, gasta poco y déjate de chicos. Piensa que en tres meses tendrás que volver para empezar la universidad. No quiero que se te llene la cabeza de pájaros. Por mucho premio Nobel que circule por allí, no olvides que no eres Einstein, sino la chica que pone los cafés con leche.

Al tomar tierra en el aeropuerto de Ginebra, me acobardé por primera vez desde que me había enrolado en aquella aventura. Sentí que el cielo nublado se me venía encima. Todos mis amigos estaban de vacaciones, mientras yo me dirigía a un lugar desconocido a trabajar en algo de lo que

no tenía ni idea. Había mentido en el CV al decir que había trabajado de camarera los últimos dos veranos en un camping de la Costa Brava.

De repente, deseé volver al avión para regresar a mi soledada ciudad, al mundo conocido, donde todo era aburrido y previsible, pero seguro al fin.

«Respira hondo», me dije al darme cuenta de cómo me temblaban las piernas en la cola del control de aduanas. «Te estás comportando como una chiquilla asustada.» Esa reprimenda me dio el coraje necesario para resistir el ataque de pánico. Pasé el control sin apartar la mirada del suelo y puse rumbo a la cinta transportadora.

En la sala de recogida de equipajes, un póster inmenso mostraba una imagen de satélite del lugar donde pasaría todo el verano. Se me escapó una sonrisa ante lo que parecía una bienvenida dirigida a mí. En medio de la vista aérea se podía leer:

CERN: EL LUGAR DONDE NACIÓ LA WORLD WIDE  
WEB

La semana antes de coger el avión, lo había googleado todo acerca de este sitio. Averigüé que CERN<sup>[1]</sup> son las siglas del Centro Europeo de Investigación Nuclear, el laboratorio de física nuclear donde se ha construido el mayor acelerador de partículas del mundo. ¡27 kilómetros de circunferencia! Al parecer, esa máquina gigantesca iba a servir para comprender el origen del universo. Wow!

Recogí mi maleta y tomé la salida en dirección a la parada de autobús, donde se agolpaba un grupo de excursionistas jóvenes. Supuse que se aventurarían en alguna ruta por los Alpes.

A mi lado esperaba un viejecito con una americana de pana marrón y un fino jersey oscuro. Me miró a través de unas gafas de montura antigua con sus ojos pequeños pero

alegres. Le devolví la sonrisa tímidamente. Tenía pinta de ser un conserje jubilado.

Cuando llegó el autobús que debía dejarme a las puertas del CERN, ocupé un asiento cerca del conductor y el viejecito se sentó a mi lado.

—Hola jovencita —me saludó en un inglés perfecto—. No eres de por aquí, ¿verdad?

Tenía pocas ganas de entablar conversación, estaba demasiado nerviosa. Sin embargo, la simpatía de aquel abuelito me impedía ser maleducada. Le devolví el saludo en inglés y añadí:

—Vengo de Sevilla.

—Preciosa ciudad... ¡Me encantan el flamenco y las tapas! ¿Se puede saber qué te ha traído a Suiza?

—Voy a trabajar este verano en el CERN, el laboratorio de física que hay a las afueras de Ginebra.

—Conozco el lugar —sonrió el anciano.

Esperaba que la conversación terminara aquí. A modo de evasiva, desvié la mirada distraídamente por la ventana, pero el anciano no tenía intención alguna de quedarse callado.

—Pareces un poco joven para ser investigadora, ¿o acaso eres un geniecillo?

—No soy ningún genio... Solo trabajaré como camarera durante estos tres meses de verano.

Pude notar la tristeza que acompañaba mi última frase. De nuevo se me hizo un nudo en la garganta al pensar en los meses que me esperaban. En el instituto había conseguido las mejores notas de mi curso. Allí sí que me consideraban un geniecillo. Todos mis profes aseguraban que sería una universitaria brillante. No obstante, en ese momento me encaminaba al sitio con más cracs por metro cuadrado del planeta, y sin otra misión que servirles café.

Esa perspectiva me hacía sentir muy insignificante. Volví a ser consciente de lo sola que estaría durante esas intermi-

nables semanas. Me mordí el labio y tragué saliva con fuerza para diluir aquel dichoso nudo.

—Un destino curioso para ganarse algún dinerillo...

«¡Viejo entrometido!», suspiré molesta, aunque el mal humor me ayudaba a contener aquel ataque de melancolía. Agradecida al menos por eso, le seguí el juego:

—Descubrí una bolsa de trabajo europeo donde aparecía esta oferta para estudiantes. El año que viene quiero entrar en la universidad y estoy dudando entre hacer matemáticas o física. Un tiempo fuera de casa me ayudará a decidirme.

No creí necesario explicar al buen hombre que mis padres habían tenido que cerrar su pequeña librería. La crisis había podido más que un sueño iniciado antes de que yo naciera. Mientras mi padre buscaba cualquier trabajo, mi madre había empezado a remendar prendas de las vecinas, pero no era suficiente para afrontar los gastos de una carrera.

—Me parece una decisión muy sabia, jovencita. Por cierto, me estoy comportando como un viejo maleducado. Ni siquiera me he presentado: me llamo Murray.

—Yo soy Laila.

—Un nombre precioso, geniecillo.

—Es de origen árabe —le expliqué—. Significa «hermosa».

—Entonces, aparte de un nombre bonito, es muy apropiado para ti. Por cierto, si te alojas en el CERN, tienes que bajar en la próxima parada. Te voy a apuntar mi número de teléfono. Si necesitas cualquier cosa, hijita, cuenta conmigo.

Dicho esto, sacó una estilográfica y anotó en un pedacito de papel varias cifras antes de doblarlo y ofrecérmelo.

Iba a agradecerle de corazón aquel gesto, cuando el autobús llegó a mi parada. Bajé de un salto y recogí mi maleta de la bodega.

Antes de guardar en el bolsillo el papel que me había dado el anciano, pude leer una frase singular impresa en el dorso:

«Los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer o escribir, sino los que no puedan aprender, olvidar lo aprendido y aprender de nuevo.»

ALVIN TOFFLER

Guardé la nota en mi libreta. Había decidido que se convertiría en mi cofre de pequeños tesoros. Aún no era consciente de cuántos de ellos iba a acumular durante los meses de aquel verano inolvidable.

## 2

## Angelina

La carretera que daba acceso al CERN terminaba en una caseta de vigilancia. En un edificio anexo debía recoger la acreditación que me permitiría pasar el control de seguridad.

Me recibió una funcionaria de aspecto soviético con cara de pocos amigos. Estaba detrás de un mostrador decorado con plantas de plástico del que sobresalía una pantalla de ordenador.

Chapurreando en francés, conseguí explicarle el objetivo de mi visita y me hizo una fotografía con su webcam. Desgraciadamente, tendría que lucir aquella instantánea en la que salía horrorosa en mi *badge* —el pase de acreditación— durante toda mi estancia en el CERN.

Tras darme una carpeta con el seguro médico y el contrato temporal, me ofreció un mapa con todos los edificios que formaban el complejo del laboratorio. Me sorprendió que fuese tan enorme, aunque estaba compuesto por un sinnúmero de pequeños bloques.

—Aquí es donde te alojarás: edificio 41, puerta izquierda. En esta residencia se albergan también los estudiantes de verano.

«¡Genial! —pensé enseguida—. Al menos habrá gente joven.»

Le agradecí amablemente todas las indicaciones que me había dado y salí zumbando.

Maldición. Había empezado a llover. Me cubrí la cabeza con la carpeta mientras me dirigía a toda prisa hacia el control de seguridad al aire libre. Avergonzada, enseñé la acreditación con mi peor fotografía hasta la fecha.

Los agentes de seguridad hablaron entre ellos en un francés demasiado rápido para que les comprendiese. Estaba convencida de que se reían de mi foto, ya que me saludaron entre sonrisas y me dejaron pasar.

No tardé en llegar a la puerta de mi residencia, donde me recibieron un montón de bicicletas viejas y oxidadas. Ninguna de ellas estaba candada y eran todas iguales, con un pequeño logo del CERN en el guardabarros.

Me pregunté si podría tomar una prestada para escaparme a Ginebra, que estaba a pocos kilómetros de allí. Eso si dejaba de llover en algún momento, claro.

El feo y anticuado edificio de hormigón me decepcionó. Esperaba unas instalaciones más modernas, futuristas incluso. Al fin y al cabo me encontraba en el laboratorio de investigación más puntero del mundo.

Una vez en el tercer piso, no me costó dar con la habitación que me habían asignado, la 317. Podía oír música machacona a través de la puerta, lo que significaba que mi compañera de cuarto estaba dentro. Llamé y esperé, pero nadie contestó, así que decidí entrar con mi propia llave.

La música salía de un Mac que estaba en uno de los dos escritorios de la habitación. Era lo bastante amplia para dos personas, pero mi compañera parecía no opinar lo mismo. Encontré unos sujetadores negros de encaje en el suelo junto a dos calcetines sucios. Había dos camas arrimadas a las paredes laterales de la estancia. Una de ellas estaba completamente deshecha y la otra hacía la función de armario horizontal para un montón de ropa desordenada.

Me quedé plantada en medio del cuarto, sin saber exactamente dónde colocar mi pequeña maleta. No disponía de mucha ropa, pero debía esperar a que mi compañera desalojase sus trapitos de mi cama para instalarme.